La formación imposible[1]

Roberto A. Follari [2]
Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

La Comunicación ha surgido –cosa que ya hemos enfatizado en otros trabajos- desde lo profesional hacia lo académico y no a la inversa. Ello, a diferencia, por ej., de la Sociología. Lo cual no hace a una disciplina mejor o peor que la otra, pero sí las diferencia en cuanto a cuáles son los problemas propios de su constitución. En este trabajo se analizan diversas cuestiones de orden epistemológico, teórico y profesional que merecen considerarse toda vez que se enfoca a la formación en comunicación como problema. Y toda vez que su tratamiento involucra a una serie de decisiones que fundamentan las políticas académicas.

Palabras clave

Formación en comunicación; epistemología; teoría; práctica profesional

Introducción

Empecemos por algo no por conocido menos conflictivo: las carreras de Comunicación en nuestro subcontinente, se establecieron a menudo a partir de espacios previos de formación en periodismo. Lo cual es un problema nada menor, en tanto el mantenimiento implícito de la con-fusión entre un recorte y el otro (el de periodistas y expertos en comunicación) limita a los segundos a la configuración de los primeros. Por cierto, tal confusión nunca es absoluta ni carece de matices; pero también es de advertir que en no pocos casos recorre calladamente la constitución de planes de estudio y perfiles profesionales. Todo periodista es un comunicador, pero no todo comunicador tiene que ser periodista. De tal modo, ambos perfiles no son co-extensivos, y es necesario que se insista en discriminarlos con la mayor claridad posible, a los fines de posteriormente establecer las conexiones y asociaciones del caso.

[1] Trabalho apresentado no 1º Colóquio Brasil-Argentina de Ciências da Comunicação.
2 Profesor Titular de Epistemología de las Cs. Sociales (UNCUYO, Mendoza, Argentina). Director de la Maestría de Estudios Latinoamericanos en esa universidad. Doctor en Psicología, y profesor de posgrado en temas de filosofía y cs. sociales en Ecuador, Argentina, Chile, México, Uruguay y Venezuela. Autor de unos 150 artículos científicos, y de 15 libros, entre **ellos** Teorías Débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales), ed. Homo Sapiens, Rosario (Argentina), año 2002. Ha sido traducido a diversos idiomas. rfollari@fcp.uncu.edu.ar

Es importante la distinción que cabe, por ejemplo, entre investigación periodística e investigación científica: la primera se basa en la capacidad de ofrecer información nueva y previamente desconocida, la segunda en ofrecer explicaciones anteriormente no ensayadas –aun cuando ello pueda implicar también alguna información nueva-. La primera remite a la primicia y la noticia con lo que ésta tiene de impacto, la segunda a la posibilidad de que los hechos sean comprendidos dentro de parámetros conceptuales que no siempre resultan imprescindibles a la función periodística. En todo caso, dentro de su mutua distinción es obvio que ambas pueden guardar ciertos procedimientos que les son comunes. Sin embargo, su indistinción seguramente sería problemática: libros que han sido buenos hallazgos periodísticos sobre, por ej., una figura política determinada, podrían ser irrelevantes desde el punto de vista de la explicación científica. Y esta última, como es obvio, rara vez podría resultar interesante desde el punto de vista de la publicación periodística.

Valga lo antedicho para sostener la necesidad de la distinción entre comunicación en general, y periodismo en específico. Una segunda cuestión también bastante reconocida, es la tensión entre lo académico y lo profesional, entre formar "comunicólogos" y formar "comunicadores". Ciertamente, existe un equívoco en este planteo, pues si bien ambas cosas distan de ser lo mismo, es imposible formar buenos comunicadores que no tengan cierta formación como "comunicólogos". Es decir: contra la versión practicista que supone que el dominio técnico de las habilidades de un comunicador –que pueden darse en torno a ámbitos muy diversificados- bastan para darlo por suficientemente bueno, lo que cabe preguntarse, es si alguien puede disponer de una herramienta social de peso tan decisivo, sin una formación teórica suficientemente sólida.

De tal modo, formar buenos comunicadores –es decir, personas con fuerte efecto sobre la configuración de opinión pública- requiere que se llegue a profesionales informados, cultos, con capacidad crítica, con la posibilidad de pensar las diversas versiones posibles que pueden hacerse de una misma historia. Esto requiere formación teórica. Un buen práctico de la comunicación está obligado a ser un buen teórico. De tal manera, se disuelve la contradicción entre estos términos, lo cual –por supuesto- no significa que desaparezca un margen de tensión inevitable entre ellos.

Cabe decir en pro de aquellos que insisten en la necesidad de formar comunicadores, que el instrumental es decisivo, y que resulta muy caro para disponerlo en universidades con presupuesto como el habitual en Argentina, Uruguay o Ecuador. En algunos de estos países la entrada a las carreras de grado universitarias es gratuita o implica un gasto mínimo; y no siempre existen cupos o límites en el ingreso. Ello, por cierto, reafirma una larga reivindicación por el acceso social a la educación, aun cuando la selección de quienes efectivamente llegan se opere mucho antes dentro del mismo sistema; dentro de esta restricción, tal gratuidad sigue siendo una puerta de entrada por donde algunas personas de sectores populares pueden acceder a una carrera universitaria. Pero la carencia de exigencias en el ingreso –que se da en algunos países latinoamericanos- tiene como efecto una larguísima cantidad de alumnos, no siempre motivados genuinamente por la carrera que han seguido (a veces la toman porque creen que es la más accesible). Si agregamos a ello el auge que Comunicación como carrera ha tenido en las dos últimas décadas del siglo pasado –hoy en baja, pero no totalmente apagado-, más el prestigio o al menos el peso atribuido a los medios masivos en la composición de las formas contemporáneas de sensibilización y tomas de partido desde lo estético a lo ideológico, no cabe duda que el número de estudiantes es una variable de peso a la hora de pensar la formación del profesional futuro.

Este número dificulta un uso de recursos que de por sí ya son sumamente limitados. Esta cuestión instrumental resulta decisiva en los países latinoamericanos, y tiene que ser redefinida con la suficiente crudeza: ¿estamos en condiciones efectivas de brindar formación en el aspecto instrumental a la cantidad de estudiantes que ingresan a nuestras carreras de grado? Es evidente que habrá que aumentar el presupuesto ligado a adquirir instrumental actualizado, y a cuidarlo y asegurarlo –pues a menudo se lo rompe o se lo roba sin demasiados recaudos-. Y se deberá tener algún límite razonable en cuanto al número de alumnos a los cuales realmente se pueda atender; es deseable que sea el más alto posible, pero no creo pueda aducirse que siempre cualquier número puede ser asumido por las carreras respectivas.

Otro problema se suscita en torno a la aparición de carreras cortas y tecnicaturas que se dan en niveles diferente del universitario, y que no disputan a las carreras universitarias en la formación de académicos e investigadores, pero a menudo sí en lo técnico y lo

profesional. Se hace necesario establecer cierta definición legal de las incumbencias del profesional de la Comunicación, para que no se superpongan "in toto" con las de los técnicos de niveles educativos previos, o diferentes (en Argentina existe la educación superior no universitaria; no es previa a la Universidad, sino alternativa de ésta –y habitualmente, de menor nivel académico-).

Algún margen de superposición no podría evitarse, pero debiera ser el menor posible. No se trata de que no existan técnicos en Comunicación, sino de que ellos no hagan lo mismo que hacen los profesionales. Ciertamente, dada la cantidad de funciones que puede realizarse desde Comunicación, hay técnicos que pueden especializarse en diversas actividades propias de la producción periodística, el guionado de programas en diferentes medios, la fotografía para diarios, la cuestión acústica en televisión, etc. Por supuesto, no suponemos que ninguna de estas funciones sea a-teórica, y que no tenga cierta exigencia conceptual inherente, a la cual no debieran faltar los planes de estudios respectivos, que tienden a menudo a pensar a los técnicos sólo desde el punto de vista estrictamente instrumental.

Por supuesto que es necesario también que en todos los países las instituciones privadas –tanto de nivel universitario como en los niveles previos- tengan suficiente control por parte de las autoridades estatales. Esto se supone que se da en todos lados con el Estado como rector último de la vida social, pero es por demás conocido que en no pocos sitios el peso de la Iglesia católica o el de cierto empresariado altamente concentrado, pueden doblar ciertas decisiones en pro de intereses particularistas. Siendo así, la exigencia de dicho control estatal sobre el conjunto del sistema educativo debe subrayarse; a la vez que la presencia de los universitarios como expertos que colaboran en el análisis de lo que sucede en el resto del sistema educativo, se hace decisiva. Por cierto, a los universitarios suele gustarle más el mirarse el propio ombligo que el trabajar en relación con otros espacios del sistema educativo, entendidos a menudo como simplemente "inferiores", y –por ello- en ciertos casos como poco dignos de atención (1). Pero ello es un error monumental, en tanto no sólo los universitarios del futuro –y también los actuales- se formarán o habrán ya formado en gran parte de sus hábitos y capacidades en esos niveles educativos previos, sino que también una porción decisiva de la conformación de las ideologías colectivas y los imaginarios mayoritarios

se conforma en esos espacios educativos, los cuales son siempre mucho más masivos –y más configuradores de identidad en cada sujeto- que los claustros universitarios.

La epistemología necesaria

Se discute de vez en cuando- en general menos de lo necesario- sobre la configuración epistemológica de Comunicación como disciplina. Las características de este espacio de estudios son específicas, y por ello remiten a condiciones que deben ser singularmente dilucidadas.

Sin embargo, los equívocos al respecto no son escasos. En un artículo reciente escrito sobre este punto (2), existen varios deslizamientos de sentido que muestran las limitaciones que existen en el campo para hacerse cargo de la complejidad del problema.

En el artículo referido, se asume un tono de fastidio con los excesos atribuidos a lo epistemológico, y en nombre de tal fastidio se propone algo como una superación de lo epistemológico, pues esto último se ligaría a distinciones disciplinares superadas y anquilosantes.

Analizar en detalle los errores conceptuales que atraviesan dicho texto es algo que llevaría más lejos de lo que nuestro artículo requiere, pero es llamativo el modo "superado" con el cual se pretende despachar la problemática epistemológica como si se estuviera por encima de ella, cuando se hace evidente que no se ha alcanzado a comprenderla y asumirla.

Tal tono depreciativo de lo epistemológico es común a las disciplinas que cuentan con problemas de configuración en ese ámbito, y que por ello debieran ser las primeras en reflexionarlo sistemáticamente. Es el caso de la Pedagogía –o Ciencias de la Educación- donde algunos autores también hacen el síntoma de tirar por la borda cualquier reflexión epistemológica, luego de haber advertido que a partir de ésta se realiza una problematización de la constitución del propio punto de vista disciplinar (3).

Dejemos de lado pretensiones equívocas como las de afirmar que hay que reemplazar lo epistemológico por lo histórico-social (ya es un lugar común en la epistemología, desde hace medio siglo, ligar la reflexión epistemológica a la de las condiciones de ejercicio social de las disciplinas. También lo es –como Kuhn ha mostrado (4)- señalar que lo epistemológico se articula con la historia de la ciencia desde su mutua especificidad; una cuestión filosófica nunca es reductible sólo a cuestiones de hecho, como las que se trabajan en el análisis histórico-social). El análisis del campo –en el sentido de Bourdieu- no es un reemplazo del análisis epistemológico, sino que remite a otra serie de cuestiones que hacen al poder académico, a las instituciones, etc.; temas que se ligan a los epistemológicos, pero que nunca podrían cubrir a estos "per se".

Un buen ejemplo al respecto es precisamente el que ofrecen –en su mutua relación- las Ciencias de la Educación (o Pedagogía) y las Ciencias de la Comunicación (o Comunicología). Ambas resultan muy similares desde el punto de vista epistemológico, pero no lo son en muchos de sus aspectos sociohistóricos de constitución: si lo pedagógico es un campo que tiene una larguísima data –ligada a los procesos de formación de docentes-, lo comunicológico se ha construido apenas en el último medio siglo, y más tardíamente aún en Latinoamérica que en el capitalismo avanzado.

Espero que lo señalado resulte suficiente a los fines de que sea subrayada la reducción imposible de lo epistemológico a lo histórico-social. Ya advertida esta cuestión, se trata de tipificar cuál es la peculiar característica constitución que tienen los estudios de Comunicación, para especificarlos en relación con otros dentro de las disciplinas sociales.

La Comunicación ha surgido –cosa que ya hemos enfatizado en otros trabajos- desde lo profesional hacia lo académico y no a la inversa. Ello, a diferencia, por ej., de la Sociología. Lo cual no hace a una disciplina mejor o peor que la otra, pero sí las diferencia en cuanto a cuáles son los problemas propios de su constitución.

En el caso de Comunicación, el recorte inicial de objeto se ha realizado desde lo profesional. Se ha tratado de ver qué es lo que debe hacer un comunicador, y luego de determinar cuáles son los saberes sistemáticos que vienen a cuento en relación a esos

quehaceres. No se ha tratado del dibujo inicial de un "objeto teórico" en el sentido diseñado por Bourdieu a partir de Bachelard (5); el recorte viene desde un "objeto de intervención" –como se lo llama en Trabajo Social-, es decir, desde un espacio de acciones que se entiende como propias de una profesión. De tal manera, el recorte realizado (por más difuso que lo sea, pues así lo es en el caso de Comunicación) no proviene de una distinción interna al campo científico, sino de una puesta de la ciencia al servicio de una serie de quehaceres predeterminados.

Esta definición desde la profesión hacia lo académico, es propia no sólo de Comunicación, sino también –como ya esbozamos- de Ciencias de la Educación, o de Trabajo Social. No es ninguna singularidad idiosincrática, ni ningún misterio insondable. Simplemente, estamos ante el dibujo de un objeto que en primera instancia ha sido asumido desde lo real mismo, desde las prácticas que se realizan profesionalmente en la realidad social. Dentro de la distinción de Bourdieu antes mencionada, se diría que se trata de un "objeto real" antes que de un "objeto teórico" (o, dicho con más precisión, de un objeto recortado en lo teórico desde la copia de los límites del objeto real de referencia).

Ahora bien, ¿qué sucede con un objeto construido a partir del recorte en el plano de lo real mismo? Que no surge de un "punto de vista" determinado –el que produce el objeto, tal cual señala Bourdieu a partir de Saussure-, sino que un determinado rango de hechos. No se recorta una forma de mirar sino una serie de casos a ser mirados, si mantenemos la metáfora visual. Y, siendo así, esos casos pueden ser visualizados desde muchos puntos de vista diversos.

Si se lo entiende de esa manera, se hace claro por qué en Comunicación hay que apelar a una serie de conocimientos provenientes de otras disciplinas. Los mismos hechos pueden ser interrogados desde diversos puntos de vista. Por ello, podemos tomar aquellos que son hechos propios del estudio de la Comunicación, desde el punto de vista de lo social, lo antropológico, lo económico, lo semiótico, etc.

Dejemos para más adelante cuáles son esos hechos que debieran ser analizados por la Comunicación, porque ello mismo no está del todo definido y representa un desafío que

hay que ir contestando adecuadamente, si no se quiere permanecer en la vaguedad de que "todo es comunicación", y por ello, en la ingenua creencia de que desde la Comunicación puede decirse algo relevante sobre todos y cada uno de los hechos sociales. Por ahora, advirtamos lo problemático que resulta este encuadre, en la medida en que implica que muchas disciplinas son útiles para lo comunicativo, pero que esto último no puede identificarse "in toto" con ninguna de ellas. Con lo cual habrá un poco de diversas disciplinas en la formación del comunicador, pero nunca el conocimiento a fondo –por otra parte imposible- de todas ellas, ni de todo lo atinente a cada una.

Como se ve el problema no es menor, y resulta por demás fútil meterlo en la baza confusa de la interdisciplina (6) -siempre usada cuando no se tiene un mejor recurso a mano-, o pretender el juego de que se desprecia las diferencias disciplinares y ellas representan algo ya superado, a lo cual estaría respondiendo la teoría en Comunicación.

Buen modo de esconder la cabeza bajo tierra, y negar los problemas en vez de resolverlos. La cuestión de si la distinción entre economía, sociología, teoría política, etc., remite a ciencias diversas o una sola ha sido largamente trabajada por el marxismo, pero no viene a cuenta aquí: ninguna de ellas tiene una constitución homóloga a la de los estudios en Comunicación. Y la de cómo se ligan disciplinas ya constituidas tampoco viene a cuento, pues aquí se trata de explicar cómo se constituye una disciplina –campo de estudios específico-, no cómo se relaciona éste con otros. Dicho de otro modo, estamos hablando de la peculiar condición disciplinar de los estudios de la Comunicación, no de la fiesta imaginaria de la superación de los bordes y la desterritorialización institucional del saber. En fin: si queremos deconstruir un terreno de conocimiento, tenemos que tener alguna idea de cómo se contruye.

En esta peculiar conformación de las llamadas Ciencias de la Comunicación (ciencias "aplicadas" a Comunicación sería la denominación más precisa), está un desafío nada menor para la formación de los estudiantes: ¿qué es lo conceptual que debieran saber? ¿un poco de todas las disciplinas que vienen a cuento? ¿pero qué es "un poco", qué es lo relevante de cada una de ellas? ¿Mucho de una sola, para que tengan un conocimiento más acabado de algún punto de vista específico?

Estas perplejidades no admiten respuesta unívoca. Pero sin dudas que remiten a decisiones problemáticas. Formar en una sola área disciplinar (semiología o antropología), implicaría formar alumnos que dejarían de lado partes esenciales del fenómeno de la comunicación, y que en algunos casos serían incapaces incluso de imaginar el peso de esos factores que ellos no tienen en cuenta.

Habría que formar dando un tanto de las disciplinas que vienen a cuento, de todas y cada una de ellas, más el "background" específico que lo comunicológico –como espacio institucionalmente diferenciado- ha venido produciendo por sí en la conjunción (problemática) de estos diferentes saberes.

Lo anterior representa un desafío nada menor. Las diferentes disciplinas son inconmensurables entre sí –en verdad lo son cada una de sus teorías-(7), lo cual hace que este tipo de formación tenga algo de mosaico sin posible univocidad epistémica. Sin embargo, ello resulta inevitable, y a nuestro juicio, no impide un margen de comprensión –por parte del mismo sujeto- de los diferentes puntos de vista.

Por supuesto, se deberá acotar muy bien qué irá incluido en el plan de estudios a partir de estas disciplinas diferenciadas; para no llenar al alumno de interminables contenidos, pero a la vez para proveerlo de un mínimo de capacidad conceptual y crítica que le permita ordenar los diferentes conocimientos, jerarquizarlos, incluso oponerlos cuando corresponde, y no solamente atesorarlos en una especie de desordenada colección de categorías, métodos y técnicas.

En cualquier caso, discutir prolongadamente esta cuestión está muy lejos de ser un lujo intelectual. Si no lo se lo hace, a los alumnos pueden sobrarles conocimientos en tanto no podrían ordenarlos, o faltarles, en tanto también carezcan de estructura o de criterios de configuración.

De tal manera, creo que lo epistemológico no está sobrando en la formación de quienes estudian comunicación, sino más bien lo contrario; en la medida en que haya un análisis serio al respecto, aparecen problemas sobre los cuales se hace necesario tomar decisiones relevantes.

Otra cuestión epistemológica no resuelta, es determinar cuáles son los hechos a los cuales debe atender la investigación en Comunicación. Es decir, cuál es el recorte de ese "objeto real" del que habláramos más arriba. Obviamente que cualquier recorte implica una operación arbitraria, pero su no-realización es todavía peor: hace creer que cualquier tema puede ser objeto de los estudios comunicológicos, lo cual resta a éstos la posibilidad de cualquier identidad precisable.

Los "estudios culturales" nos han acostumbrado –en su auge- a esta indeterminación, llevando a la confusión entre antropología urbana y comunicación, y a sostener la identidad pura y simple entre la comunicación y la cultura.

Este es otro tema respecto del cual lo epistemológico viene a cuento, pues la creencia de que la existencia de discursos de ciencias diversas en lo comunicológico se convierte en posibilidad por parte de estos últimos de estudiar cualquier objeto real muestra un serio problema de concepción, y lleva a los alumnos a ser formados como todólogos, es decir, especialistas en nada.

El que ciertas áreas profesionales y los hechos a los cuales ellas remiten –lo mediático, lo institucional- sean recortadas privilegiadamente, da posibilidad de centrar la disciplina en un espacio de problemas acotado. La idea de que todo significa, y que ello llevaría a considerar a todo objeto como objeto de los estudios en Comunicación, colabora a la indeterminación y la confusión en académicos y estudiantes, y al consiguiente desprestigio del campo ante otras de las disciplinas sociales.

Finalmente (aunque somos concientes de que hemos abierto algunos problemas que estamos lejos de poder dejar resueltos), cabe advertir algo que hace años se maneja en "teoría del currículo" (8). Las prácticas de una disciplina son múltiples no sólo en cuanto a las habilidades técnicas que requieren, sino también en cuanto a los fines práctico-sociales a los cuales sirven. No hay una sola forma de hacer Comunicación, sino varias. Siguiendo a Williams, hay quien las ha dividido en tres: decadente, dominante y alternativa. Es decir, prácticas que tienden a la obsolescencia, otras que son

las hegemónicas, y otras que desafían la dominancia ideológica y práctica del sistema político-económico capitalista.

Estas últimas difícilmente permitirían a un profesional mantenerse económicamente, pero sí pueden ser realizadas en tiempos libres, ser parte de la tarea diaria, o al menos presentarse como potencial alternativa a la práctica vigente en el seno de la profesión. Desde este último punto de vista, tener en cuenta tales variaciones a la hora de la definición del perfil profesional que oriente el plan de estudios, es una exigencia primordial a los fines de que la formación no sea sólo aquella que habilite para lo establecido y lo dominante.-

NOTAS Y REFERENCIAS

(1) Hemos trabajado este tema en nuestra última investigación en torno a la preeminencia de la lucha por el propio lugar en la academia por sobre cualquier otra motivación por parte de los universitarios, en nuestro trabajo sobre "Universidad, intelectuales y ciencias sociales" (Univ. Nacional de Cuyo, Mendoza, 2007). Ello nos llevó a hablar respecto de "selva académica".

(2) Ver texto de A.Grimson publicado en la revista de Bs.Aires "Zygurat", acerca de la supuesta necesidad de abandonar lo epistemológico en Comunicación.

(3) Bartomeu y otros: **Epistemología o fantasía (el drama de la Pedagogía)**, U.P.N., México D.F., 1992

(4) Kuhn, T.: **La tensión esencial**, F.C.E., México, 1994

(5) Bourdieu, P. et al.: **El oficio de sociólogo**, Siglo XXI, Bs.Aires, 1975

(6) Ver nuestro trabajo **Interdisciplinariedad: los avatares de la ideología**, UAM-Azcapotzalco, México, 1982. He dedicado no pocos textos posteriores a esta problemática, retomando algunas de las tesis de este libro inicial.

(7) Ver la tesis de Kuhn sobre inconmensurabilidad; la versión inicial en el cap. 10 de su famoso **La estructura de las revoluciones científicas**, F.C.E., México, 1962; la definitiva en **¿Qué son revoluciones científicas? y otros ensayos**, ICE-Paidós, Barcelona, 1989

(8) Ver Follari, R. y Berruezo, J.: "Criterios e instrumentos para el diseño de planes de estudio", en **Rev. Latinoamericana de Estudios educativos,** CEE, México D.F., 1981